

Mosén Jacinto y Mosén Millán

Papel de la Iglesia durante la guerra civil en la narrativa del exilio

M^a Nieves Vila Rubio

Dolor, desarraigo y un ansia permanente por España, son algunos de los sentimientos que caracterizan la narrativa del exilio español generado a raíz de la guerra civil. El escritor exiliado vive una situación difícil de aceptar y uno de los medios a su alcance para revivir o reinventar esa pequeña historia que le pertenece aun cuando la haya dejado atrás, es escribir sobre ella. Quizá por ello no es fácil encontrar esa novela global sobre la guerra civil que la crítica ha echado en falta en el panorama narrativo del exilio español ¹. Sin embargo, no faltan las novelas sobre la guerra que contienen relatos con aquella como telón de fondo, ofreciendo retazos de vida y muerte, de algún momento del conflicto. Estas novelas, no obstante, constituyen un valioso elemento, a la par que válido, para ofrecer esa visión global cuya ausencia se ha hecho notar. El conjunto de todas aquellas conforma la gran novela de la guerra civil que a un solo autor le hubiera sido, probablemente, difícil escribir.

En ese conjunto se aprecia cómo, en no pocas ocasiones, la narrativa del exilio sobre el tema de la guerra ha recurrido a mostrar el papel de la Iglesia en el conflicto. Papel que a menudo se confía a la figura del sacerdote o cura-párroco, en un contexto rural en el cual este personaje es punto de referencia para sus habitantes. Mosén Millán y Mosén Jacinto son dos personajes que atienden a ese modelo como punto de partida, si bien sus trayectorias posteriores divergirán absolutamente.

Mosén Millán pertenece a una novela sobradamente conocida, **Réquiem por un campesino español** (New York, 1960), publicada anteriormente con el título de **Mosén Millán** (México, 1953), de Ramón J. Sender. Mosén Jacinto, por su parte, es el personaje central de una novela inmerecidamente menos conocida y publicada tardíamente en España (1979), cuyo título es **El cura de Almuniaced** (México, 1950) y cuyo autor es José Ramón Arana.

Ambos autores, aragoneses y exiliados en América, muestran una trayectoria vital y profesional completamente distinta. Mientras Sender dedicó su vida en el exilio a la enseñanza de la literatura española en diversas universidades americanas, a la vez que no dejó de publicar su obra -novela, teatro, ensayos, etc.- en ningún momento, de J. R. Arana muy poco se sabía hasta no hace mucho tiempo. Los detalles de su vida y obra han trascendido gracias a algunos de sus amigos ², aquellos que estuvieron junto a él en México, principalmente en los primeros años de destierro. Poco se menciona de este autor en manuales u obras críticas sobre la narrativa transterrada, a excepción de las de E. de Nora y Marra-López, quienes mencionan y valoran su parca obra ³. Pero es Manuel Andújar quien más ampliamente nos ha hablado de J.R. Arana y es también él quien en su *Epístola a José Ramón Arana, amigo y compañero* ⁴ se lamenta de la poca dedicación de su amigo a la actividad de escritor, por mor de afanarse en *trabajos de prestancia histórico-política* ⁵. De ahí la poca repercusión de su limitada obra. Con todo, **El cura de Almuniaced** merece un destino mejor pues es, sin duda, *una de las narraciones que mejor expresan la conmoción de la guerra civil y de consuno descama los móviles humanísticos, legítimamente espirituales, que sustentan la actitud toda y la singular trayectoria de José Ramón Arana.* ⁶

Formalmente, entre ambas obras existe una diferencia notable. En la novela de Sender la narración se estructura en tres planos distintos: Presente, Pasado y Romance. Los tres planos tienen unas características y unos elementos determinados que el autor utiliza como recursos para el efecto que desea obtener. El presente está representado por Mosén Millán, en la sacristía, a la espera de las gentes del pueblo, para así poder decir la misa en memoria de Paco, el del Molino. El pasado está en la evocación, por parte del cura, de la vida de Paco, desde su nacimiento hasta su muerte. Estos dos planos temporales están unidos, en su intermitencia, por un tercer elemento: la evocación que el monaguillo hace del romance popular compuesto tras los asesinatos de Paco y los otros. Este tercer plano de la narración participa por igual de los otros dos. Del presente porque en él se está desarrollando; del pasado porque por medio de la canción se concitan unos hechos que han sido y son causa de la desazón del cura.

El relato de Arana es lineal y simple en su estructura. Un narrador onisciente sitúa en las primeras páginas, al personaje en su contexto, ofreciendo los detalles de su vida a la vez que mostrando su pensamiento y su compromiso social. A partir de ahí, un hecho, la sublevación de julio de 1936, desencadenará la historia, es decir, los sucesos que van a tener lugar en el pueblo, que desembocarán en un trágico final de muerte.

De hecho, ambas obras parten de un supuesto contextual similar: el inicio de la guerra civil y los desmanes y asesinatos cometidos en aquel primer momento. Pero mientras en la novela de Sender, al inicio de ésta, la muerte del personaje-víctima (Paco, el del Molino) ya se ha producido y es ahora un corrosivo recuerdo en la mente del cura, en la novela de Arana, la muerte del personaje-víctima (Mosén Jacinto), no será sino hasta el final. Esta diferencia formal lleva a la diferencia de contenido de ambas obras: las posturas divergentes de los representantes eclesiásticos frente al conflicto de la guerra civil, llevadas hasta sus últimas consecuencias por parte de los autores. Si en la obra de Arana la víctima es Mosén Jacinto, en la de Sender el sacerdote será el responsable indirecto de la muerte de la víctima. Tenemos pues dos personajes diametralmente opuestos: un cura-víctima y un cura-verdugo.

Mosén Millán es, para la época, un arquetipo, un fiel representante de lo que la Iglesia dio de sí en aquellos momentos de la sociedad española. Es un hombre que acepta las cosas como están, no se cuestiona si éstas pueden cambiar y cuando otros lo hacen, eso le asusta y le molesta, sobre todo porque ello podría afectar a su cómoda y apacible vida. De ahí que Mosén Millán acepte la explotación del campesino por el poderoso; de ahí que se alinee siempre junto a la "fuerzas vivas" del lugar; de ahí que rebuya la evidencia de los acontecimientos inquietantes que se producen en el país -cuando el rey abandona España, ni siquiera lo menciona en el sermón dominical, ante la decepción del pueblo⁷-; de ahí su espíritu poco caritativo y tendente a la superficialidad.

Mosén Millán siempre recurre a la explicación del orden establecido y, en última instancia, a la hipotética voluntad de Dios porque las cosas sean como son (*La vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué.; Cuando Dios permite la pobreza y el dolor es por algo.*⁸). Dios se convierte así en la fuente implacable de las venturas y desventuras humanas y como dogma que es, así debe ser aceptado. Esta exculpación constituye para Mosén Millán un verdadero alivio pues, entre otras cosas, ello le permite acallar los posibles barruntos de su conciencia.

Relacionada con lo anterior está la importancia que Mosén Millán atribuye a la Iglesia como jerarquía y al acatamiento de sus consignas. Su papel de 'madre total' se hace patente en frases como: *Decía que la Iglesia se alegraba tanto de aquel nacimiento como los mismos padres*⁹ o bien en la boda de Paco: *..les recordaba también que la Iglesia era la madre común y la fuente no sólo de la vida temporal sino de la vida eterna*¹⁰. El boato en los hábitos litúrgicos que a lo largo de toda la obra se detalla es otro elemento que el autor emplea para obtener ese efecto. Así como la importancia extrema concedida al rito católico, tremendamente condensada en el tímido lamento del cura ante el hecho de no haberse permitido la última confesión a los campesinos asesinados¹¹. Mosén Millán no pretende, pues, salvar vidas, sólo las almas cuentan. Por otra parte, hay, implícita en ese débil lamento, un cobardía que pretende disfrazarse de espiritualidad. Mosén Millán tiene miedo, no se atreve a enfrentarse con aquella gente forastera que, sin embargo, parecía educada¹², aunque lo que estaba ocurriendo en el pueblo le pareciera horrible y no tuviera nombre¹³.

Mosén Millán es, en consecuencia, un hombre que nunca satisface las expectativas de sus parroquianos. El pueblo no le quiere, tan sólo le acepta. El único que, siendo niño, le ha querido es aquél al que él mismo llevará a la muerte.

Mosén Jacinto, el cura de Almuniaced, es el contrapunto a Mosén Millán. Al revés de lo que ocurría con éste, Mosén Jacinto, sí se cuestiona muchas cosas, entre ellas su papel y el de la Iglesia ante los hombres. Y se rebela. Lucha contra aquello que no le parece justo. No acepta la explotación; se nos presenta ayudando a los más necesitados prestando dinero sin interés y oponiéndose al usurero. Es un ser humano que duda de su labor y está a la espera de un momento supremo de prueba que dará sentido a aquélla. Se opone, por ello, a las "fuerzas vivas" del lugar, lo cual le causa no pocos problemas. Mantiene incluso un cierto enfrentamiento con la Iglesia como estamento. En realidad, más que a ésta, Mosén Jacinto sigue a la figura de Cristo, símbolo, para él, del amor, la entrega y la caridad, coordinadas que rigen la vida de este cura, en cierto modo ingenuo, que es Mosén Jacinto.

Los hábitos religiosos no tienen aquí el mismo papel connotativo del **Réquiem**. Mientras en la obra de Sender, el traje talar remitía a poder, en **El cura de Almuniaced** es simplemente un elemento distintivo que, quizá por ello mismo, a menudo resulta una molestia para el sacerdote: *..se le vio con la sotana arremangada, ayudando en sus faenas a los de mayor necesidad.*¹⁴, o bien: *Su primer impulso fue tirar la sotana y liarse a golpes con aquel miserable.*¹⁵

Mosén Jacinto es, además, un hombre que lee. A San Agustín y a Santa Teresa, pero también al Padre Feijóo, a Antonio Machado y a Unamuno. Y, al igual que éste, Mosén Jacinto prefiere *verdad en guerra a mentira en paz*¹⁶, divisa que no deja de inquietarle, puesto que se opone, en cierta medida a aquella otra, de la que también ha hecho su lema, *de más pudo el amor de Jesús que la espada de Pedro*¹⁷. Naturalmente, ello es causa, en parte, de su desazón interior. Su escala de valores particular, sin embargo, es clara: la verdad y la justicia en primer término, el fariseísmo y la arbitrariedad en el último. Es por ello que llega a afirmar, cuando alguien le dice que andan quemando iglesias: *..está muy mal, imuy mal!, pero no tanto como deshonrarlas. Tengo para mí que son peores quienes nombran al Padre y tienen las entrañas secas, porque esos son peores que muertos.*¹⁸

Sin ser éste el principal aspecto argumental, también aquí aparece una relación especial entre el cura y un muchacho del pueblo, llamado Fermín. Arana introduce este personaje como componente justificativo de la acción popular ante el cura, a fin de atraer las simpatías de éste y del lector, naturalmente. Fermín, además de proteger la vida de Mosén Jacinto, es el elemento que materializa la idealización de sentimientos del cura, es decir, separa racionalmente la figura de Cristo de la de la Iglesia como estamento, a la vez que se aleja definitivamente de ésta. Dice Fermín:

Nosotros luchamos por la libertad de todos, por la nuestra y por la de ellos, que son esclavos también y no lo saben. En último término, por

*hacer posible las palabras de amor del Evangelio que usted me ha repetido tantas veces. Y es que en el fondo usted y nosotros queremos lo mismo.*¹⁹

Y más adelante:

*Ella (la Iglesia) es la que se aparta del pueblo (...), ella la que odia, ella la que persigue. Ahora mismo nadie puede negar que es ella quien bendice y estimula esta guerra. Está predicando el exterminio de los 'enemigos de Dios'. ¡Como si Dios tuviera algo que ver con banqueros y terratenientes.*²⁰

En la escena de la quema de imágenes religiosas - *¡Qué sacudida en las raíces del alma!*²¹ - se vuelve a repetir ese leit-motiv de la obra: Cristo es distinto. Se quemán imágenes de santos pero no la de Cristo, porque es *de los suyos, es rojo también*²². Y Mosén Jacinto, en su sufrimiento, más que por él mismo, por las pobres gentes que ven cómo su mundo se desmorona, tiene una dulce sensación, casi de alivio, que le da las claves de su duda: *¿Qué importaban los santos si Cristo lo abrazaba todo y hasta los bárbaros lo llamaban suyo, presos en su temura?*²³

Mosén Jacinto quiere, ante todo, salvar vidas, lo que le hace enfrentarse con todo aquello que presuponga un peligro para sus parroquianos. Así, sale al paso de los milicianos, durante la primera entrada de tropas en el pueblo; éste le ofrece refugio, que él rechaza, pues nada tiene que temer. Más tarde, a la llegada de las tropas moras repetirá la acción, dispuesto a no permitir una sola muerte en su parroquia: *¡Matar allí, en Almuniaced? Aún tiene puños para aplastar la primera cabeza que se le ponga por delante*²⁴. Le costará caro; la vida. Moribundo, cuando alguien murmura que le han matado "los suyos", Mosén Jacinto, sin fuerzas ya para más, niega con la cabeza; esos no eran los suyos.

El distinto tratamiento que ambos autores dan a sus personajes configura dos obras completamente distintas, insertas en un contexto similar. El relato de Sender es una obra circular, perfectamente construida, a distintos niveles estructurales. Esta forma, como ya se ha mencionado antes, condiciona, en cierta medida, el contenido. Este resulta objetivo, frío e implacable. El distanciamiento entre autor y personajes, sobre todo en relación con el de Mosén Millán, es patente. El autor no le retrata psicológicamente de forma directa, sino a través de su sentimiento de culpa, con un estilo narrativo sobrio y sin concesiones. Mosén Millán, apático y acomodaticio, es, como dice Peñuelas, *una individualización arquetípica*²⁵ de la Iglesia, la consecuencia de cuyos actos resulta fríamente trágica. Finalmente, la soledad palpable del cura frente al tácito rechazo del pueblo no dejan lugar más que al desaliento.

El relato de Arana, en su estructura lineal no pretende tanto. Sin embargo, disfruta de una calidez y una pasión que la novela de Sender, intencionadamente, sin duda, no posee. Los hechos son también aquí, duros y trágicos -la guerra, al fin-; los personajes más someramente esbozados son, asimismo, arquetipos: el usurero, D.

son figuras redondas, humanas, con características muy particulares. Mosén Jacinto más parece un apasionado cura postconciliar, afecto a la teología de la liberación, "avant la lettre", que un eclesiástico de su tiempo. Por otra parte, la influencia de Unamuno en Arana se trasluce diáfananamente tanto a través del cura como del personaje escéptico y ateo, pero entrañablemente humano, que encarna el médico, D. Jerónimo. Todo ello hace que se intuya en la obra una cierta afinidad entre autor y personajes. Podemos llegar incluso a preguntarnos si Mosén Jacinto es el trasunto poético del personaje real José Ramón Arana.

En definitiva, Arana muestra con su novela, también de sobria expresión, pero a la vez vigorosa y hondamente dramática, una indudable proyección poética en la que radica el intenso atractivo que ejerce este relato sobre quien, sorprendido, lo va descubriendo a medida que avanza en su lectura.

NOTAS

- (1) J.R. Marra-López. Narrativa española fuera de España (1939-1961). Madrid. Guadarrama. 1963. p.106.
- (2) Manuel Andújar. "Epístola a José Ramón Arana, amigo y compañero" en Grandes Escritores Aragoneses en la Narrativa Española del siglo XX. Zaragoza. 1981. Heraldo de Aragón.
M. Andújar "Manuel Andújar: Una versión fragmentaria de obra y vida" en Anthropos. nº72. 1987. pp.15-22.
M. Andújar. "Verdad e invención de Mosén Jacinto y José Ramón Arana". Prólogo a El cura de Almunaiced. Madrid. Turner. 1979. pp. 7-14.
S. Otaola. La librería de Arana. Historia y fantasía. México. Aquelarre. 1952.
- (3) J.R. Marra-López. op.cit. pp.503-505.

E. de Nora. La novela española contemporánea. (1962). T.III. Madrid. Gredos. 1973. 2ª ed. ampl. pp.37-38.

(4) M. Andújar. op.cit.

(5) Ibid. p. 166.

(6) M. Andújar. Prólogo a El cura... p. 8.

(7) R.J. Sender. Réquiem por un campesino español. Barcelona. Destino 1982. 9ª ed. p. 69.

(8) Ibid. p.39.

(9) Ibid. p.22.

(10) Ibid. p.54.

(11) Ibid. p.81.

(12) Ibid. p.84.

(13) Ibid. p.85.

(14) J.R. Arana. El cura de Almuñiced. Madrid. Turner. 1979. p.17.

(15) Ibid. p.25.

(16) Ibid. p.35.

(17) Ibid. p.26.

(18) Ibid. p.29.

(19) Ibid. p.56.

(20) Ibid. p.58.

(21) Ibid. p.69.

(22) Ibid. p.67.

(23) Ibid. p.68.

(24) Ibid. p.91.

(25) Marcelino C. Peñuelas. La obra narrativa de R.J.Sender. Madrid. Gredos. 1971. p.153.

